



#### CAPÍTULO IV.

##### UN JOVEN AUDAZ.

**S**ERÍAN las diez de la mañana, cuando el ruido estrepitoso de unas pisadas y algunas risas vinieron á sacar á Isolina de su enagenamiento.

Al levantar la cabeza encontró que entraban á la sala tres caballeros.

Eran los mismos que en la noche anterior la habían visitado en el foro.

—Buenos días, interesante Isolina, dijo uno de ellos.

—Buenos días, dijeron los otros.

—Venimos á ver si ya no está usted tan enojada con nosotros.

—Ya se ve que no, porque ese señor de las boleas, ya está á buen recaudo y tiene con su herida que esperarse lo menos dos meses, para dar la segunda bolea, si es que queda útil.

—De todos modos, me parece que por aquí no haces nada, y que obrando prudentemente debemos retirarnos, para no exponernos á nuevos desaires y contratiempos.

—El que no tenga valor ni voluntad para seguirme, que dé un paso á retaguardía, dijo el joven calavera con aire de matón; yo seguiré solo y les probará que una comparsa como ésta, no es la que á mí me ha de poner la ley.

—¿Qué sucede, qué sucede? dijo doña Atanasia entrando; ¿qué gritos son esos en mi casa? ¡Ave María Purísima! ¡si aquí está toda la *chorcha!* ¡todo el cocorismo del teatro! ¡Dios nos saque con bien!

—Venga usted acá, mamá Atanasia, exclamó el joven calavera; usted que es una persona de tantas agallas y de *tanto pico* va á resolver esta cuestión.

—¿Qué cuestión? vamos á ver.

—Estos caballeros se han empeñado en disuadirme de que enamore á Isolina.

—Hacen bien

—¡Bravo! ¡bravo! dijeron los otros dos jóvenes.

—Calma, señores, todavía no canten victoria.

—¿Y por qué hacen bien, mamá Atanasia?

—Porque esa joven tiene dueño.

—¡Bueno! dijeron los dos jóvenes.

—Silencio, señores, se prohíben los comentarios en las galerías; ¿ó no conocen ustedes el reglamento del congreso? ¿Conque tiene dueño, mamá Atanasia?

—Sí que tiene y..... oiga usted..... pudente, contestó la vieja haciendo una ruedita con el índice y el pulgar de la mano derecha.

—Es que yo no la pretendo como propietario, sinó como suplente.

—¡Ah! pues entonces me parece más difícil.

—¡Bravo, bravo! dijeron los jóvenes; estás derrotado.

—¿Y quién es ese..... *puiente*, mamá Atanasia?

—¡Oh! ese es mi secreto; yo estoy metida en esto solo por consideraciones á una persona á quien no puedo negarle nada; y no debo vender sus secretos ni divulgar sus cosas.

—Pues vea usted, mamá Atanasia, me parece que yo también puedo hacerme acreedor á consideraciones *de peso*, y entonces usted que es tan considerada y tan discreta, me ayudará á conseguir esta suplencia, cueste lo que costare.

—Vea usted..... la verdad..... no cuente usted conmigo.

—Bueno, así va bien, doña Atanasia, dijo uno de los jóvenes.

Las orejas del joven calavera, estaban ya literalmente congestionadas.

—No sea usted cruel, doña Atanasia, agregó uno de los jóvenes; Isolina le va á corresponder á Alberto en el momento en que le vea las orejas.

—Tengo calor, repuso Alberto, que así se llamaba el joven calavera.

—¡Ay! qué calor! ¡Ay! qué calor!.... cantaron sus amigos.

—Es el caso, mamá Atanasia, que usted y yo hemos de arreglar hoy este asunto.

—Por arreglado, dijo la vieja.

—¿Cómo?

—Que no habrá nada.

—Me quitaba yo el nombre.

—Me va usted á obligar á que hable claro.

—Eso es lo que quiero.

—Usted no debe enamorar á esa joven.

—¿Por qué?

—Porque tiene un amante.

—¿Quién es?

—¿Lo digo?

—Sí.

—¿Me guarda usted secreto?

—Palabra.....

—Pues es.....

—Vamos, mamá Atanasia, ¿quién es por fin?

—Pues es..... D. Fernando.

—¿Mi tío?.....

—¡El juez! dijo un joven.

—¡Don Fernando! repitió el otro y agregó: pues ahora sí, chico, me parece que no nos resta más que tomar los sombreros y marcharnos con la música.

—¡Qué poco me conocen ustedes! dijo Alberto á pesar de estar conociendo interiormente que en realidad aquel asunto iba siendo más y más difícil. En fin, continuó, me parece muy bien que ustedes tomen sus sombreros y me dejen en paz; que en cuanto á mí, ahora es cuando esta historia empieza á interesarme formalmente.

—No seas necio, vámonos,

—No, y mil veces no; váyanse ustedes.

—Pues entonces, adios, adios, doña Atanasia.

Y los jóvenes salieron.

—¿Conque es posible que mi tío esté arreglado?

—Sí, hijo mío, sí, pero cuidado con descubrirme.

—¡Mi tío eh! viejo hipócrita, santurrón, ¡y parece que no sabe quebrar un plato! Pues ahora me empeño doblemente, ahora es cuando hablo de veras, ahora es cuando voy á hacer todo cuanto pueda, hasta arruinarme si es preciso, por jugarle á mi tío una mala pasada y vengarme.

—¿Vengarse? ¿pero de qué?

—¿Cómo de qué? de que mi tío, ¿ya lo ve usted tan santurrón y tan callado? pues la pobre de su mujer está loca, loca por las pesadumbres que este viejo rabo verde le ha dado con sus amoríos y sus escándalos.

—¿Conque está loca su mujer?

—Sí, mamá Atanasia, loca por la mala conducta del viejo.

—¡Y tan bonita!

—Y tan buena. Pero no es eso lo que á mí me atañe, sino que este pícaro á quien yo no sé qué le ven las mujeres, me quitó una chica, sí señor, me la quitó de la noche á la mañana, sin poderlo evitar.

—¡Cómo! ¿es posible?

—¡Vaya! figúrese usted que estando yo

en grande, una mañanita, sin antecedentes ni sospechas de ninguna clase, desapareció la chica como por encanto, y á los dos meses de buscarla, vamos resultando conque la niña estaba en la hacienda de mi tío. El muy bribón finjió un recado de mi parte y se llevó á mi amor á su hacienda sin decir á nadie nada; y lo peor es, que luego pretendió hacerme creer que me había hecho un señalado favor, favor de padre porque conocía que me estaba yo perdiendo, y que todo lo había hecho por mi bien.

—¿Conque es posible?

—Ya verá usted, mamá Atanasia, que el tío me la debe y que estoy en mi derecho para hacerle una cosa por el estilo.

—¡Pero Alberto!

—Nada, nada de dificultades, mamá Atanasia; ya sabe usted que cuando digo *por aquí*, no hay poder humano que me haga retroceder; sobre todo, no pretendo sinó la segunda plaza, me conformo con la suplencia.

—¡Ay Alberto! me asusta usted y no

debe ignorar cuántos servicios le debo á don Fernando, que por él no me he muerto de hambre, que por él tengo colocación, y yo no quiero portarme mal.

—Salva usted su responsabilidad ¡bah! bonita usted para no saber manejar negocios de esta clase.

—Es que....

—Vamos, mamá Atanasia, por lo pronto guarde esa amarilla y hablemos más despacio.

—Pues váyase usted, hijito, que nada tarda en venir don Fernando, dijo la vieja echándose en el seno la onza de oro que le dió Alberto.

—Adios, mamá Atanasia. ¡Ah! agregó volviéndose, cuando vea yo esa macetita de *albahaca* en la ventana, puedo entrar; si usted quiere que no encuentre aquí á mi tío, quítela, y adios.

—¡Qué malo es usted, Alberto!

—Qué viva es usted, mamá Atanasia!

Doña Atanasia cuando se vió sola se llevó la mano al estómago, donde á la sazón

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1685 BOUTERREY, BUENOS

estaba sintiendo lo frío de la onza de oro, y exclamó:

—Es necesario transigir con este Alberto, porque es un loco de atar y es capaz de hacer cien barbaridades.



## CAPITULO V.

EN EL QUE SE VE CUAN  
APRECIABLE ES UN HOMBRE QUE  
«ES ASÍ»

**E**N la tarde de ese mismo día se presentó Pico en la casa de doña Atanasia.

Isolina, al ver á Pico, pensó en don Fernando.

Un favor tiene siempre un prestigio irresistible en las almas bien organizadas; Isolina sintió por don Fernando un arranque de legítima gratitud.

Pico, por su parte, no cesaba de pensar